

## Alegría pascual y salvación

En *Genethliakon Isidorianum* hemos tenido ocasión de colaborar <sup>1</sup> con unas observaciones sobre el alcance salvífico de los términos con que en las *Homilias Pascuales* <sup>2</sup> se expresan los conceptos «Luz» y «Vida». Al iniciar nuestra exposición <sup>3</sup>, indicábamos la posibilidad de completar el alcance de la expresión «Pascua, Fiesta de la Luz» con el que en sí entraña la de «Pascua, Fiesta de la Alegría» más realizado.

### *Alegría y Salvación en la vivencia del cristiano.*

La alegría es, en la vida cristiana, un fruto de la Redención. Junto con la paz y la libertad, constituye un elemento esencial de la salvación. La alegría es para el cristiano la respuesta a una existencia objetiva, aceptada en la Fe y conocida en el Espíritu. El fundamento y soporte de la alegría cristiana están en que el hombre queda salvado de la perdición del pecado y de la muerte por la gracia de Cristo. La alegría cristiana en el Señor <sup>4</sup> hace

1 Cf. A. Hevia Ballina, 'Salvación y Pascua', en *Genethliakon Isidorianum. Miscellanea Graeca, Latina atque Hebraica Isidoro Rodriguez Herrera XIV lustra complenti oblata* (Salamanca 1975) pp. 267-88.

2 Ya indicábamos en el trabajo citado en la nota anterior, nuestra intención de circunscribir nuestra exploración a las *Homilias* publicadas por M. Aubineau, *Hésychius de Jérusalem, Basile de Séleucie, Jean de Béryte, Pseudo-Chrysostome, Léonce de Constantinople. Homélie Pascales*, Collect. «Sources Chrétiennes», n. 187 (Paris 1972). Lo mismo queremos precisar con relación al presente estudio. Con proyección a la predicación pascual en general, hemos ampliado nuestro panorama, referido a la alegría salvífica de la Pascua, en nuestra comunicación al VII Congreso Internacional de Estudios Patristicos de Oxford (8-13 de septiembre, 1975), con el título 'El concepto de alegría, como connotativo de salvación en la predicación pascual'. Cf. J. Oroz, 'VII Congreso Internacional de Estudios Patristicos', *Studium Ovetense* 3 (1975) 334.

3 Cf. o. c., p. 267.

4 *Phil.* 4, 4.

suponer que Dios mismo es alegría. El Espíritu es la autoafirmación de la alegría de Dios hecha Persona. El justo halla su alegría en Dios, en el actuar mismo de Dios para con él. La alegría, en el Antiguo Testamento, se funda en las manifestaciones del poder de Dios en la historia de salvación de su pueblo. La alegría cristiana se funda en el actuar salvífico de Cristo, que, en su Resurrección, ha cancelado el pecado. La alegría, como característica del ser cristiano, encuentra expresión concreta en los actos culturales de la comunidad, la *eucaristía* y la *eulogía*. El Domingo, día del Señor, se celebra como día de la Resurrección de Cristo, como acción de gracias por la transformación salvadora que en él se operó. La liturgia abunda en expresiones de alegría, mediante himnos y cantos. La alegría tiene, en la vida del cristiano, una expresión ritual o una proyección escatológica, por la verificación, en cada instante, de la salvación.

La comunidad unió especiales manifestaciones de alegría y júbilo al gozo de la Resurrección del Señor. Todavía, en las comunidades de la Iglesia de Oriente, el saludo alborozado de los cristianos en la mañana de la Pascua es la constatación escatológica de la más grande realidad cristiana: Χριστός ἀνέστη, al que se corresponde, con no menos regocijo y alegría interior: ἀληθῶς ἀνέστη. Es la gran fundamentación de la alegría del cristiano. La predicación paschal abundó también en expresiones de alegría, connotadora de salvación en el Señor Resucitado. La alegría es, en ellas, el fruto de la luz que se derrama en los corazones, de la iluminación que han recibido los bautizados. De ordinario, la conexión de los elementos iluminación-alegría, con un contenido salvífico, es patente. Veámoslo en algunos ejemplos que hemos seguido a través de las siete Homilías que sirven de base a nuestro trabajo.

#### *Alegría y salvación, según Hesiquio de Jerusalén.*

Hesiquio de Jerusalén, en un texto, habla de «la presente situación de esta noche que *se alegra* por la victoria de nuestro Dios, en nuestro Salvador»<sup>5</sup>. El concepto de vic-

<sup>5</sup> Hom. Pasch. I, 1, 1-4.

toria lo analizaremos en otro lugar en estrecha conexión con el contexto salvífico de la predicación pascual. Ahora, por lo que a nuestro punto de vista respecta, se une íntimamente con el concepto de Salvación divina y con el de alegría.

El mismo Hesiquio, con otro término que expresa la alegría espiritual del alma, vuelve a ponernos en contacto los conceptos de liberación, salvación, crucifixión y resurrección. Es todo un proceso que ocurre en un *hoy* escatológico, en cada Pascua del Señor, hasta la Pascua del cielo con el Cordero: «*hoy* el diablo ha quedado derrotado por medio del crucificado y nuestro linaje se llena de gozo εὐφραίνεται en el resucitado»<sup>6</sup>.

El día de *hoy* adquiere a continuación un marcado relieve. Hesiquio, valiéndose de una hermosa prosopopeya, hace hablar a ese *hoy*, escatológico y eterno, para decir: «en mi carrera, he contemplado una visión nueva, un sepulcro abierto y un hombre resucitado, unos huesos *exultantes de alegría*<sup>7</sup> y unas almas *rebosantes de gozo*, a los hombres remodelados<sup>8</sup>, a los cielos abiertos y a los espíritus clamando: 'alzaos, príncipes, vuestros portones...'<sup>9</sup>. Es la visión del triunfo de Cristo destacada por la referencia a la resurrección, a la alegría de los cuerpos que cobran vida y de las almas que abundan en gozo, a la salvación y al triunfo de Cristo resucitado<sup>10</sup>.

El contexto salvífico se carga de densidad, a medida que las expresiones de Hesiquio van creciendo en emoción e intensidad. Cristo, en efecto, «da vida, por medio de la resurrección, a quienes estaban muertos»<sup>11</sup>; y, por ello, «ya desapareció todo dolor, toda pena y todo llanto»<sup>12</sup>. La alegría cristiana, que es su opuesto, es el fruto del acontecer salvífico de la Pascua, «el día que es, por sí sólo, un mensaje de alegría, una buena noticia de regocijo»<sup>13</sup>. La

6 *Hom. Pasch.* I, 5, 3.

7 *Cf. Ps.* 50, 10.

8 *Cf. Gen.* 2, 7.

9 *Hom. Pasch.* I, 5, 5 ss.

10 *Cf. Mc.* 1, 10; *Mt.* 3, 16; *Lc.* 3, 21.

11 *Hom. Pasch.* I, 5, 15.

12 *Hom. Pasch.* I, 5, 16 s. *Cf. Is.* 35, 10.

13 *Hom. Pasch.* I, 6, 1.

razón kerigmática de esta alegría es que «en este día, resucitó el Señor, el cual hizo resucitar al rebaño de Adán»<sup>14</sup>. La desaparición del llanto y de los gemidos, el nuevo evangelio de alegría, la resurrección del Señor y la salvación concomitante del linaje de Adán representan los elementos salvíficos que venimos persiguiendo en nuestra búsqueda, a través de la predicación pascual, en las comunidades cristianas antiguas.

*Alegría y salvación, según Juan de Berito.*

La comunidad de la antigua Berito comprendía también el lenguaje de la alegría, como expresión de la salvación que llega en Cristo. La Homilía de su Obispo Juan da buen testimonio de ello. La alegría constituye, en efecto, el tema central de su predicación pascual, tenida, con la mayor probabilidad, según sostiene también Aubineau<sup>15</sup>, el Lunes de Pascua. Juan relaciona profusamente los conceptos Luz, Vida y Alegría, expresándolos como sinónimos del nombre de Cristo, y en íntima conexión entre sí. La ambientación se nos presenta en un marco luminoso, que, en Lucas, a quien cita<sup>16</sup>, es signo de potencia celeste o manifestación de lo divino, realizado por la presencia de «ángeles revestidos de luz y refulgentes»<sup>17</sup>. La luminosidad viene postulada por el objetivo fundamental de las mujeres: «contemplar la *Vida resplandeciente* que saldría de un sepulcro de roca»<sup>18</sup>. Los ángeles son portadores de un grato mensaje para disipar la tristeza de las que lloran<sup>19</sup>. Ellos, «con sus rostros llenos de luz y radiantes de alegría»<sup>20</sup>, ya dejaban traslucir a las mujeres «que la *Alegría* del mundo había resucitado»<sup>21</sup>. Con sus palabras, les reprochaban el que continuaran creyendo que «la Vida se encerraba en un sepulcro y que buscaran entre los muertos al Viviente»<sup>22</sup>, pues «la *Luz* ya resucitó, al tercer día»<sup>23</sup>.

14 *Hom. Pasch.* I, 6, 2.

15 *O. c.*, p. 291.

16 *Lc.* 9, 29; 10, 18; 11, 36; 17, 24. *Act.* 9, 3; 22, 6.

17 *Hom. Pasch.* IV, 1, 4. Cf. *Lc.* 24, 4.

18 *Hom. Pasch.* IV, 1, 3.

19 *Hom. Pasch.* IV, 1, 4-5.

20 *Ib.*, l. 5.

21 *Ib.*, l. 6.

22 *Ib.*, l. 7-8.

23 *Ib.*, l. 12.

La alegría de los ángeles es expansiva, es comunión de la alegría del Resucitado, es la misma Salvación. Las mujeres participan esa alegría y, llenas de gozo<sup>24</sup>, «deben ser portadoras de la buena nueva de la resurrección para los discípulos»<sup>25</sup>, deben proclamar el mensaje de la alegría y la salvación, deben confesar con sus bocas al «dispensador de la Vida»<sup>26</sup>. El efecto de la noticia angélica es inmediato en ellas: «reciben consolación y hacen cesar su pena»<sup>27</sup>.

Los pastores de la gracia son eslabones de esa mística cadena que proclama la alegría cristiana de cada Pascua, en continuidad de la Alegría de la Resurrección del Salvador. Juan de Berito se siente, *en ese instante* —con toda la carga escatológica de *σήμερον*— continuador y lazo en esa proclama de la misma buena nueva<sup>28</sup> y también su comunicación se ve embargada por la alegría de la Pascua y de la salvación que en ella se nos derrama por virtud de la Resurrección de Cristo<sup>29</sup>.

La hermosura de esta Homilía, en su brevedad, su carga de metáforas y de figuras, los esplendores radiantes de luz que de ella emanan, y la alegría que deja traslucir ponen en el mejor clima para comprender la Pascua de Cristo-Luz, de Cristo-Vida, de Cristo-Alegría del universo, en quien el cristiano se empapa de la luz, de la vida, de la alegría de su Resurrección y de su Salvación.

*Alegría y salvación según el Pseudo-Crisóstomo y Hesiquio de Jerusalén.*

Las implicaciones salvíficas de la alegría las vive también el autor de la Homilía Pascual V, que los códices atribuyen, sin justificación suficiente, a Juan Crisóstomo. Este Pseudo-Crisóstomo toma también como motivo central la alegría de la Resurrección. Las palabras del autor de los Salmos le sirven como de lema para su predicación de Pascua: «Este es el día que hizo el Señor; regocijémonos y

24 *Ib.*, l. 15.

25 *Ib.*, l. 15.

26 *Ib.*, l. 12.

27 *Ib.*, l. 20.

28 *Ib.*, l. 22-24.

29 *Ib.*, l. 24. Cf. *Lc.* 2, 10-11; *Mt.* 28, 8.

alegrémonos en él»<sup>30</sup>. También aquí, el motivo de la alegría está en íntima conexión con la salvación, porque está en plena relación con la Luz, con la Vida y con la Gracia. La insistencia nos pone en una perspectiva temporal del día de la Resurrección y en proyección escatológica del día de la salvación<sup>31</sup>. Es auténticamente el *tempus acceptabile*, el *dies salutis*<sup>32</sup>.

«Es el día sobre todo día»<sup>33</sup> del que hablará Leoncio de Constantinopla en su Homilía II (*Hom. Pasch.*, VII), «el día que lleva el nombre del Señor»; «el día portador de triunfo»; «el día que la costumbre consagra a la Resurrección»; «el día que se constituye en grato dispensador de la gracia»; el día que reparte a los fieles el cordero espiritual»; el «día que suministra a los renacidos la leche»; el «día que dispensa a los pobres la economía de la salvación», según lo contempló hermosamente el Pseudo-Crisóstomo y lo repite Leoncio de Constantinopla, dependiendo de él<sup>34</sup>; «el día que procura el reposo a los que sufren», en la adición de Leoncio<sup>35</sup>; «el día en que Eva fue librada de la aflicción»<sup>36</sup>; «el día en que se llenan de gozo las filas de los creyentes»<sup>37</sup>; «el día prefigurado en otro tiempo por medio de la Ley; el día que se anunció con amenaza; el día proclamado por la voz de los profetas; el día esperado en razón de la promesa hecha a los pobres; el día que tuvo su cumplimiento en lo que los apóstoles vieron con sus ojos; el día acogido mediante la fe de la Iglesia»<sup>38</sup>, según continúa proclamándolo el Pseudo-Crisóstomo; «el día que hizo el Señor para que nos regocijemos y alegremos en él», según insistirá incansablemente, de nuevo, Leoncio de Constantinopla<sup>39</sup>. «Llenos de alegría», nos repetirá una y otra vez, «llenos

30 Ps. 117, 24.

31 Anáfora múltiple de ἀστὴρ ἡ ἡμέρα en *Hom. Pasch.* V, 1, 13, 2, 12, 2, 3, 2, 4, 2, 12, 2, 14, 3, 1, 3, 15.

32 2 Cor. 6, 2.

33 *Hom. Pasch.* VII, 1, 12.

34 *Hom. Pasch.* V, 2, 3-7; VI, 2, 3-6. Cf. nuestra Recensión del libro de M. Aubineau, en *Studium Ovetense* 2 (1974) 556.

35 *Hom. Pasch.* VI, 2, 3-6.

36 *Hom. Pasch.* V, 3, 2; VI, 2, 15. Cf. *Gen.* 3, 16.

37 *Hom. Pasch.* V, 3, 14.

38 *Hom. Pasch.* V, 2, 15-19.

39 *Hom. Pasch.* VI, 1, 19; VI, 2, 7-8; VII, 1, 3-4; VII, 1, 10-11; VII, 4, 10-11. Cf. Ps. 117, 24.

de alegría y, por medio de vosotros, regocijese todo el linaje humano»<sup>40</sup>. Y la resonancia salvífica de la alegría cristiana se cierra con estas hermosas palabras del mismo Leoncio: «puesto que por medio de una mujer floreció la aflicción, el Señor hizo germinar de nuevo la alegría por medio de una mujer, a fin de que se cumpliera la promesa: donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»<sup>41</sup>.

Los elementos que el Pseudo-Crisóstomo enumera en la proclamación de este día forman parte esencial de la alegría cristiana y son a la vez símbolos brillantes de la Resurrección: «ya ha cesado el fraude y se ha echado fuera a la envidia, se ha pisoteado a la discordia, se ha puesto en el candelero la paz y se ha quebrantado la guerra»<sup>42</sup>. Leoncio de Constantinopla, al reemplazar partes de esta Homilía V en su Homilía I (*Hom. Pasch.*, VI), con la creatividad que le es propia, renueva el vocabulario del Pseudo-Crisóstomo y añade otros elementos personales, típicos componentes también de la alegría cristiana: «el amor se acrecienta, se proclama la caridad, las disposiciones adquieren cohesión y se da cumplimiento a la palabra que dice: ¡qué hermoso y agradable es que los hermanos habiten en unión»<sup>43</sup>.

Completando el panorama de elementos que integran la alegría cristiana, continúa el Pseudo Crisóstomo destacando aquellos que determinan la postura del cristiano ante la fiesta de la Pascua: «ya no lloramos a Adán, el primer formado<sup>44</sup>, sino glorificamos al segundo Adán; ya no reprochamos a Eva, la transgresora, sino proclamamos bienaventurada a María, la Madre de Dios; no nos apartamos del madero, mas llevamos la cruz de Cristo; no sentimos miedo de la serpiente, antes bien, vivimos el temor del Espíritu Santo; ya no descendemos a la tierra, sino que corremos hacia el cielo; no nos hallamos fuera del paraíso, sino más bien tenemos nuestra morada en el Seno de Abraham; ya no oímos, como los judíos, 'he igualado tu día a la no-

40 *Hom. Pasch.* VI, 3, 3-4.7.18.20.22.

41 *Hom. Pasch.* VI, 3, 8-10. Cf. *Rom.* 5, 20.

42 *Hom. Pasch.* V, 1, 1-3.

43 *Hom. Pasch.* VI, 1, 1-7.

44 Cf. *Sap.* 7, 1; 10, 1; *1 Tim.* 2, 13.

che', antes bien cantamos espiritualmente: este es el día que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él»<sup>45</sup>. Las distintas manifestaciones cristianas arrancan de la alegría cristiana, son connotativas de la Resurrección y se coronan en la explosión de la alegría salvífica, para dar como fruto pleno y sazonado la Luz que es salvación.

Para el Pseudo Crisóstomo, la alegría cristiana es proclama de «este día» en el que se han producido los siguientes acontecimientos salvíficos, que, a su vez, engendran alegría: rescate de Adán; liberación de Eva de su aflicción; estremecimiento de la muerte inmisericorde; quebranto de las piedras y apertura de los sepulcros; resurrección de los muertos; derrota de las potencias infernales; abrirse de los cielos; brotes floridos de la Resurrección por todo el universo; crecimiento de los lirios de los nuevos iluminados; extinción de los pecados; rotura de las ligaduras diabólicas; dispersión de las tropas del demonio; vergüenza de los judíos; alegría de los creyentes y refloreamiento de las coronas de los mártires<sup>46</sup>. Tal es la alegría cristiana que entrevé la predicación pascual y tales los frutos e implicaciones salvíficos que en ella se contienen.

Esta alegría salvífica de la Pascua aparece expresada de un modo peculiar en la Homilía II de Hesiquio de Jerusalén. Recurre en él el término *σάλπιγξ*, trompeta, entre los elementos festivos concomitantes de la resurrección y preludio de alegría cristiana. El culto ritual del Antiguo Testamento conoció las trompetas como instrumentos para llamar a los fieles de Yahwé al culto del santuario<sup>47</sup>. El sonido de las trompetas prenunciaba también y acompañaba a las teofanías de Yahwé<sup>48</sup>. Servía para anunciar el año jubilar de liberación<sup>49</sup>. Las trompetas acompañaban la marcha de Israel contra el enemigo y señalaban los días de fiesta, de solemnidad y de sacrificios<sup>50</sup>. Proclamaban la alegría del triunfo y la aclamación jubilosa de Yahwé<sup>51</sup>;

45 *Hom. Pasch.* V, 1, 3-15.

46 *Hom. Pasch.* V, 3, 1-15.

47 *Ex.* 19, 13.

48 *Ex.* 19, 16; 20, 18.

49 *Lev.* 25, 9.

50 *Num.* 10.2.8.9.10.

51 *Ps.* 7, 6; 98, 6.



se tocaban en la fiesta del nuevo mes, en los días solemnes de Israel <sup>52</sup> y adquieren resonancias escatológicas en el Nuevo Testamento <sup>53</sup>.

Aparece, pues, la trompeta como un instrumento festivo, concomitante de las teofanías, portador de alegría y mensajero de salvación. Estas mismas características conserva en la predicación de la Iglesia antigua, en la que, metafóricamente, se la identifica con la predicación evangélica <sup>54</sup>, con los apóstoles <sup>55</sup> y, probablemente, en Hesiquio de Jerusalén, con Cristo mismo que convoca a los cristianos a la fiesta pascual. El es la «trompeta sagrada y regia, que ha congregado este teatro espiritual, la trompeta que Belén modeló y Sión calentó al fuego, de la que la cruz fue martillo y la resurrección, yunque» <sup>56</sup>. De esa sagrada trompeta destaca su hermosura, su luz, su alegría, y la salvación del reino que viene por ella <sup>57</sup>, precisamente los elementos que no faltan en el contexto de la alegría salvífica de la Pascua.

*Alegría y salvación, desde el dolor, el llanto, la pena y la aflicción.*

También por vía negativa, se puede llegar al concepto de alegría cristiana que entreveían los Padres, al predicar a la comunidad el mensaje cristiano, esa Alegría que, siendo Cristo mismo, se convierte en manifestación salvífica en sus fieles. Naturalmente, los términos de la alegría aparecen, con frecuencia, realzados por sus contrarios «pena», «llanto», «aflicción». La comprensión de los textos, en que se nos ofrecen los términos propios de la aflicción y el dolor, colabora a un mejor entendimiento de la alegría cristiana. Como más expresivos de la situación anímica de la tristeza y de la aflicción, seleccionamos los siguientes: λύπη, ὀδύνη, στεναγμός, πένθος, δακρύ, y limitamos nuestro análisis exclusivamente a aquellos textos en las Homilias Pascua-

52 Ps. 81, 4.

53 Mt. 24, 31; 1 Thes. 4, 16.

54 Hesiquio, *In Ps. 80*: PG 55, 729.

55 M. Aubineau, *O. c.*, p. 128, nota 1.

56 *Hom. Pasch.* II, 1, 1.

57 *Hom. Pasch.* II, 1, 4.5.6.

les, en que realzan el concepto de alegría con implicaciones salvíficas.

Leoncio de Constantinopla nos pone el contraste entre la aflicción que floreció para el género humano de la intervención de una mujer y la alegría que el Señor hizo germinar también por intermedio de una mujer<sup>58</sup>. Este texto se halla sustentado por la afirmación paulina de la sobreabundancia de la gracia con respecto al pecado<sup>59</sup>. Leoncio toma dos metáforas de la vida vegetal para realzar los dos conceptos de *λύπη* y *χαρά*. El primero es sujeto de su verbo, en tanto que el segundo es fruto de la acción del Señor. El Señor resucitado es el punto de referencia aquí para la intelección del texto. La aflicción, de la que fue instrumento la mujer, queda sobrepasada por la alegría de la Resurrección, la alegría de la Salvación. El sentido salvífico de este contexto se corrobora con otros textos patrísticos en que se pone como punto de relación la Vida en oposición a la muerte del pecado, la alegría en contraposición con la aflicción<sup>60</sup>.

En otros dos contextos, cuya relación es difícil excluir, encontramos los conceptos de «pena y aflicción», para dar realce a las consecuencias salvíficas de la Resurrección. El Pseudo-Crisóstomo, en la Homilía V, enumera, entre los beneficios que trae «este día» (la Pascua) para el género humano, «la liberación de la aflicción para Eva», «para Adán la libertad»<sup>61</sup>. Leoncio de Constantinopla añade otro rasgo, muy típico de su amplificación del texto, en este punto: «la humanidad ha quedado rescatada del dolor y del sufrimiento»<sup>62</sup>. No hace falta ir muy lejos para intuir que el alcance de *ἐλευθεροῦν* con relación a Adán, el de *ἀπαλλάττειν τῆς λύπης* con respecto a Eva y el de *λυτροῦν τῆς ὀδύνης*, aplicado a la humanidad, nos ponen en un contexto ético-salvífico que sólo es posible expresar con la alegría pascual, la Salvación que nos aporta el Resucitado. Por eso, debe ser correlativa a esta alegría la actitud del cristiano:

58 *Hom. Pasch.* VI, 3, 8.

59 *Rom.* 5, 20.

60 Cf. M. Aubineau, *O. c.*, p. 390 ss., nota 37, para los textos en que los Padres ponen en parangón la mujer en la resurrección y en el pecado.

61 *Hom. Pasch.* V, 3, 2; VI, 2, 16.

62 *Hom. Pasch.* VI, 2, 16.

«que ninguno de vosotros haga triste este día, sino que cante movido por Dios»<sup>63</sup>, constituyendo el canto como la manifestación suma de la alegría del espíritu, embargado por la seguridad de la salvación. La pena y la aflicción quedan lejos; por encima de ellas, triunfa esplendorosa la alegría cristiana de la Resurrección.

En efecto, según se nos manifiesta en otros contextos, son elementos concomitantes de la Resurrección el «llenar de consuelo y hacer cesar la aflicción»<sup>64</sup>, «el no contristar al Espíritu», por el cambio de actitud interior<sup>65</sup>, «la desaparición del dolor, la aflicción y el llanto»<sup>66</sup>, puesto que «la aflicción, el dolor y el llanto son el fruto del pecado», según nos confirma el mismo Hesiquio de Jerusalén, cuando dice: «puesto que la primera Virgen había quedado encerrada en los dolores de un castigo incurrido por su desobediencia, puesto que, por su causa se alzaba un sinnúmero de gemidos y toda mujer se hallaba entre sufrimientos y todo parto ocurría en medio de la amargura, la segunda Virgen hizo cesar la miseria del sexo femenino y extinguió la fuente de la aflicción en los alumbramientos, hizo desaparecer la nube de la tribulación sobre los partos e hizo brillar las luces de la alegría para las atribuladas»<sup>67</sup>. Los términos de la aflicción, que aquí abundan, encuentran un contrapeso en la «luz de la alegría». ¿De qué «luz de la alegría» se trata? No puede ser otra que el fruto del alumbramiento de María, Cristo, en cuyo nacimiento cesa, con una visión de alcance escatológico, todo dolor, toda aflicción y toda pena, porque ya han cesado en el parto virginal de María.

Para completar nuestro recorrido por los términos de la aflicción, en orden a resaltar el contenido de los que nos revelan una alegría salvífica, nos referiremos ahora al concepto *πένθος* que aparece en su derivado verbal *πενθεῖν*. Como término expresivo del dolor, hace referencia a la manifestación de duelo o luto que produce en el alma un infortunio. Entre los símbolos manifestativos de la Pascua, enumera el Pseudo-Crisóstomo, y lo repite Leoncio de Cons-

63 *Hom. Pasch.* VI, 2, 14.

64 *Hom. Pasch.* IV, 20.

65 *Hom. Pasch.* III, 3, 9. Cf. *Eph.* 4, 30.

66 *Hom. Pasch.* I, 5, 16; *Is.* 35, 10.

67 Hesiquio, *In Sanct. Mariam Deipar. Hom. I: PG* 93, 1453B.

tantinopla, en la incorporación que hace del texto de aquél, que «los cristianos ya no guardan duelo por Adán, la primer criatura modelada, sino que dan gloria al segundo Adán»<sup>68</sup>. Los conceptos en contraste contribuyen a resaltar el aspecto salvífico que el autor quiere destacar: Cristo es el segundo Adán que salva a los hombres, «por ser espíritu dador de Vida»<sup>69</sup>, «cuya gracia y don abundó en muchos»<sup>70</sup>. Por eso, la actitud del cristiano ya no es llorar a Adán, causa del reinado del pecado y de la muerte en el mundo<sup>71</sup>, sino expresar su alegría por la salvación, dar gloria al Señor resucitado.

La actitud alegre de los cristianos está reñida con el duelo y el llanto. «Los judíos, por su incredulidad, deben vivir en llanto, los descendientes de los fariseos son quienes están de duelo, pero nosotros los hijos de la fe, alegrémonos y gocémonos»<sup>72</sup>, según exhorta Leoncio de Constantinopla, porque el acontecimiento salvífico de la Pascua se repite para nosotros. Nuevamente, las resonancias salvíficas de la Pascua vuelven a brotar en la alegría, esta vez realizadas, por la vía negativa del llanto y la tristeza.

Los cristianos son quienes, en palabras del Salmista, «siembran en dolor, en lágrimas»: último concepto que analizamos para realce de la alegría, «para recolectar en el gozo y en la exultación»<sup>73</sup>. A ellos les cabe el alegrarse, porque han llorado, ellos son los depositarios de la auténtica alegría, porque su dolor ha encontrado ya el consuelo y el gozo que produce la Salvación de Cristo, en su Resurrección.

### *Conclusión.*

En este recorrido por los textos de algunas *Homilias Pascuales*, hemos tratado de destacar las implicaciones salvíficas que comporta la alegría cristiana y en particular la alegría que acompaña a la Resurrección del Señor. La

68 *Hom. Pasch.* V, 1, 4; VI, 1, 9.

69 Cf. *1 Cor.* 15, 45.

70 Cf. *Rom.* 5, 15.

71 Cf. *Rom.* 5, 14.

72 *Hom. Pasch.* VII, 5, 1; VII, 6, 1.

73 *Ps.* 125, 5.

Pascua, como misterio salvífico por excelencia, aparece, en esta perspectiva, sumamente magnificada. La predicación patristica se nos ha manifestado en toda su proyección soteriológica: el misterio de Cristo Salvador se ilumina con nuevos reflejos y la alegría se enriquece así con una connotación nueva, revelándonos como una expresión vivencial del acontecimiento de la Salvación.

AGUSTIN HEVIA BALLINA